

COMUNICACIÓN Y DEMOCRACIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES

Ligja Calderón Verástegui

Estudiante de la Especialidad de Periodismo

Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación PUCP



Foto: Miquelades Frames, Cooorgan. Cooorg. 1987. Archivo IAFIS.

A diario los medios de comunicación nos muestran imágenes sobre acontecimientos que suceden tanto en el interior como en el exterior del país; asuntos que revelan disyuntivas entre las sociedades contemporáneas. El mensaje central es la afirmación de identidades individuales que tienden a destruir al "otro", minimizándolo o llevándolo a la anomia. La política liberal al apoyar tal homogeneidad de caracteres dominantes, pretende maximizar determinados patrones y, al hacerlos comunes, ejercer un poder global.

Frente a ello, en el interior de la sociedad se han venido planteando diversas alternativas de reconocimiento. La gente reclama aceptación mediante la formulación de nuevos métodos de autoafirmación tanto de modo individual como colectivo. Frente a ello, valdría la pena preguntarse si este reclamo es común a todos.

Hoy encaramos una realidad fragmentada, no sólo mediante el nacimiento de identidades diversas y hasta contradictorias sino que a su vez, tenemos que aceptar el desafío este reto social. Las personas son tan ingeniosas para autoafirmarse como para discriminarse, y todo esto, bajo un contexto interesado en acrecentar el dominio del capital.

El siguiente texto propone dar relevancia a las identidades culturales para conformar la ansiada idea de 'nación' en el mundo contemporáneo. La anomia propuesta por la globalización acaece en la pérdida de reconocimiento y la apertura a la formación de identidades encubiertas en el dramático devaluamiento de valores culturales. Para revertir tal hecho, nuestra propuesta de solución se basará en el rol comunicativo, sea interpersonal o mediático, como móvil del ejercicio sobre la conciencia personal, común y nacional.

Democracia y pérdida de individualismo

El liberalismo político de hoy nos sugiere una "democracia" que plantea el intercambio común para que los pueblos ejerzan su soberanía, procurando una intervención recíproca entre comunidades. Sin embargo, dicha democracia se maneja bajo un modelo de intercambio comercial que propone eliminar los matices culturales. La pérdida del intercambio de ideas en espacios públicos colabora con éste desinterés gubernamental en hacer valer los derechos generales. Esto nos hace pensar que las constantes disyuntivas sociales son producto de éste sistema, mas no el ejercicio del mismo.

Habermas sostiene que la formación democrática es posible únicamente bajo la separación de los valores y símbolos culturales locales, y la ética política, de tal forma que la gobernabilidad se practique sólo a nivel público/político, separándolo de las preconcepciones de "bien". Sin embargo, tal disociación significaría la anulación del ámbito privado en cuestiones públicas. Los miembros de la sociedad no podrían trasladar las exigencias personales al ámbito de discusión, lo cual disminuye su participación dentro del ambiente democrático.

Se debería entonces plantear un modelo de intervención igualitaria que tome en cuenta las 'diferencias' propias de las personas. Toda agrupación necesita reclamar socialmente la atención, reconocimiento y respeto dentro del ámbito público de manera que "la política sea de y para todos". Ante este panorama, la importancia de los comunicadores radica en su rol de mediadores en estas discusiones políticas, que desde su capacidad ética y social se inserta en la realidad nacional. Conociendo y reconociendo las exigencias privadas es posible defender el espacio de intervención política con una verdadera democracia.

El problema social común

Problemas como la desigualdad y la búsqueda de reconocimiento están presentes en toda sociedad. Si bien reconocemos que hay una tendencia natural al dominio mediante la propagación de una ideología particular, tal expansión de poder representa tanto el sometimiento de minorías como la pérdida de importancia valorativa local.

Aún ahora tenemos que enfrentar que la 'historia' que nos enseñan (en países latinoamericanos) muestra y valora las deidades de la sociedad occidental. Es el triunfo europeo sobre las nuevas sociedades "descubiertas". La colonización no es más que el modo de 'salvación' de los grupos ajenos al sistema; es la dominación y culturización sobre una sociedad que llega a idealizar el modo de vida extranjero como el mejor posible.

Este rechazo del otro (sea de modo racial, sexual, cultural o ideológico) no es un problema suscitado exclusivamente en Latinoamérica. Es más bien ignorancia generalizada a todas las sociedades (o al menos en su mayoría).

En el Perú, una sucesión de hechos sociales (como el ejercicio de poder, la aprehensión de las riquezas y el exterminio) han permitido calar en un imaginario que minimiza la posición del indio frente al colonizador. La historia del Perú está enmarcada por una serie de quiebres internos, de subyugación y desamparo. Situación en la que hemos tenido que adoptar la amenaza del nuevo poder hegemónico y, a la vez, adaptar un nuevo paradigma de vida. El arraigamiento de esta visión del mundo nos hace creer que el cuestionamiento del modelo impuesto es el retroceso del desarrollo común -nuestro desarrollo-.

En defensa de la identidad y la democracia

El valor nacional pierde importancia frente a la homogeneidad de caracteres comunes planteada por la política neoliberal. De algún modo el inconciente colectivo ha instaurado, en el interior de cada sociedad, diversas pretensiones de superar el problema.

Los roles individuales en pos de una construcción nacional es tarea difícil. En el Perú, día a día se trata de innovar modos de inserción en la sociedad que, tal vez sin llegar a la completa superación del problema, al menos se ha situado en un contexto propio y reconicible.

A pesar de la pretensión homogenizadora, aún se debe contar con las particularidades dentro de una verdadera democracia donde, ordenados bajo un eje que nos una políticamente, los deberes y derechos sean aceptados y adaptados como propios. Para

que sea posible agrandar el nivel de empatía entre todas las personas, será necesario dar a conocer la cultura local sin graduar márgenes de diferencia, sino enriqueciendo la realidad nacional.

La comunicación debe tomar relevancia en este proceso como transmisor de cultura y medio para el ejercicio político. Como sabemos, el deber de los medios es transmitir información, educación y entretenimiento. Por más que los intereses empresariales intenten socavar este espacio, se debería postular una jugada ética a favor de la cultura y el buen posicionamiento identitario. Como señala Santiago Alfaro: "este gran salto adelante en el mercado mediático del mayor representante del universo andino evidencia que la urbanización, industrialización y globalización han motivado a la readaptación de expresiones culturales en contextos tradicionales, no su desaparición".¹

Cabe cuestionar entonces si actualmente, esta función mediática está operando cabalmente en vías de un progreso común. ¿La formación de nuevas identidades es una salida hacia el porvenir político o representa nuevos paradigmas de diferenciación que debemos superar?

Es menester que el uso compartido y valorativo de la cultura, como herencia y porvenir de la sociedad, forme acciones comunicativas a favor de la empatía común. La tolerancia no es el simple hecho de aceptar el espacio del otro, sino el uso compartido que permita el desarrollo de convenciones políticas y debe permitir la apertura total a la influencia recíproca. En este sentido, tanto los límites de intervención y el derecho a la privación personal que cada espacio cultural establece son responsabilidad general. De otro modo la apertura podría generar la pérdida de individualidad, y por tanto su diferencia específica. La exigencia nacional es, como señala David Wood, un reconocimiento de carácter heterogéneo

que permita la aceptación de una identidad múltiple, basada en la diversidad de experiencias en cuya imagen se construya el país. Para su efecto, sólo mediante la mediación de canales comunicativos es posible ejercer esta soberanía común. Se requiere tomar en cuenta las características individuales dentro de un espacio nacional integrando y fomentando la formación de valores generales y necesario para el bien público y nacional.

La comunicación: salida a favor de la democracia

El lenguaje no es sólo el medio de interrelación, sino que también es el transmisor de ideología. La realidad se construye por esta diversidad de percepciones compartidas; la información de conceptos y códigos. Éstas nociones de realidad son las interpretaciones y concepciones difundidas por los ámbitos de comunicación, que debería ejercer su fiabilidad mediante el uso compartido de espacios democráticos en un sistema político que se define por su ejercicio tangible, no la apariencia.

Si se busca establecer una política de conciencia por la que se permita el desarrollo colectivo y nacional, es preciso hallar en la comunicación el medio y motor canalizador de ideas y fines políticos a favor de la democracia. Tal comunicación ha de sustentarse en una postura ética y coherente que, basado en una inclusión de carácter dialógico, permita que halle su finalidad en la defensa de participación inclusiva.

Si bien las nuevas tecnologías y los medios masivos nos plantean nociones de conducta imperante, no se debe practicar la democracia de forma técnica o metodológica, sino práctica. Tal y como señala Habermas: sólo por la comunicación se puede mostrar la interrelación y aumentar los niveles de empatía social, valorando significativamente la opinión y la cultura a favor de la construcción nacional y democrática.²

¹ALFARO, Santiago. "Las industrias culturales e identidades étnicas del huayno" en Arguedas y el Perú de hoy. Lima: Fondo editorial de la Biblioteca nacional del Perú. Pág. 57